

Formaciones y transformaciones semióticas

Una revisión crítica sobre la determinación discursiva del sujeto

José Manuel Rodríguez Amieva

Argentina, Universidad Nacional de San Luis
Correo electrónico: jmrodriguez@unsl.edu.ar

Resumen

En el presente artículo nos proponemos realizar una revisión crítica de algunas teorías relativas a las formaciones discursivas y sus restricciones en torno al sujeto de la semiosis: en especial, el Análisis Automático del Discurso en su primera formulación por Pêcheux (1978), dando cuenta de sus vínculos con los Aparatos Ideológicos de Estado definidos por Althusser (1970) y la concepción materialista histórica. En un movimiento inverso, recuperamos aportes de un grupo de pensadores y teóricos del discurso para dar cuenta de la actividad semióticamente productiva del sujeto: Authier-Revuz (2001), de nuevo Althusser (1986), aunque en otra veta, Prieto (1993), Faye (1974) y Verón (1987). Si comenzamos el escrito enumerando las restricciones discursivas y extradiscursivas que circunscriben la actividad semiótica del sujeto, lo terminamos dando cuenta del carácter semióticamente productivo, formador y transformador de la actividad humana, determinante en cierto modo de las condiciones que la determinan. Se trata, en este sentido, de mostrar la «determinación del sujeto», donde la preposición *de* debe ser leída como la articulación de un genitivo anfibológico: es decir, determinación que recae sobre el sujeto y determinación que efectúa el sujeto, en su actividad colectiva, en tanto agente de la historia.

Palabras claves:

Análisis del discurso – sujeto – actividad - semiótica

Abstract

In this paper we intend to carry out a critical review of some theories on discursive formations and their determinations on the subject of semiosis: especially, the Automatic Discourse Analysis in its first formulation by Pêcheux (1978), giving an account of its links with the Ideological State Apparatuses defined by Althusser (1970) and the historical materialist conception. In an inverse movement, we recover some contributions from a group of thinkers and discourse theorists to account for the semiotically productive activity of the subject: Authier-Revuz (2001), again Althusser (1986), although in another vein, Prieto (1993), Faye (1974) and Verón (1987). If we begin the writing by enumerating the discursive and extradiscursive determinations that weigh on the semiotic activity of the subject, we end it by giving an account of the semiotically productive, formative and transforming character of human activity, which determines in a certain way the conditions that determine it. The goal, in this sense, is to make visible the «determination of the subject», where the preposition *of* must be read as the articulation of an amphibological genitive: that is, the determination that falls on the subject, and the determination that the subject performs, in his collective activity, as the agent of history.

Key words:

Discourse analysis – subject – activity - semiotics

Introducción

Como prolegómeno de la revisión emprendida cabe definir las nociones nodales de crítica y formación semiótica, con su variante prefijada transformación, que especifican el carácter y el contenido del estudio. Antes que nada, la palabra «crítica» es empleada en su alcance de discernimiento, de separación entre distintos sentidos, pero no de una separación absoluta sino de una puesta en tensión relativa, de la fricción entre diferentes acepciones y valoraciones, de la puesta en «entredicho» de concepciones discordantes. Tal crítica, en el contexto presente, remite principalmente a las distintas concepciones de la determinación del sujeto del discurso, en sentido pasivo y activo. En lo tocante a la noción de formación semiótica, optamos por esta formulación por considerarla más amplia e inclusiva que la más difundida «formación discursiva», en el sentido de que abarca más expresamente distintos niveles de la actividad semiótica, desde el funcionamiento sígnico a los paquetes textuales que conforman el discurso, y porque no sólo admite la referencia al componente estrictamente discursivo de la semiosis social sino también de la histéresis, de la práctica significante. En esta dirección, las transformaciones semióticas vienen a significar tanto las modificaciones de las gramáticas que conforman la actividad semiótica de los sujetos como también de los contenidos parcialmente preformados de sus enunciados.

El análisis automático del discurso

Michel Pêcheux (1978) sostiene en *Hacia el análisis automático del discurso* que entre los fundamentos teóricos de su enfoque se encuentran el materialismo histórico como una teoría de las formaciones y transformaciones sociales, la lingüística como la teoría de los mecanismos sintácticos y de los procesos de enunciación, y la teoría del discurso “como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos” (p. 228). El análisis de Pêcheux tendría por eje la articulación entre la teoría clásica marxista y los desarrollos de Louis Althusser (1970) en *Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado*. Aclara Pêcheux (1978) que la región del materialismo histórico que concierne a su perspectiva es la de la superestructura ideológica en su relación con el modo de producción dominante. Define dicho vínculo sosteniendo que debe concebirse a la región de la ideología con el carácter de una materialidad específica que se articula sobre la materialidad económica. El modo de funcionamiento de la instancia

ideológica estaría «determinado en última instancia» por la instancia económica, mientras que a su vez sería una de las condiciones de producción de las relaciones de producción de la base económica.

Para dar cuenta del modo de funcionamiento de la instancia ideológica en cuanto a la reproducción de las relaciones de producción, Pêcheux (1978) recurre al mecanismo de interpelación descrito por Althusser (1970), por cuya operación la ideología investiría a los individuos como sujetos:

Sugerimos entonces que la ideología “actúa” o “funciona” de tal modo que “recluta” sujetos entre los individuos (los recluta a todos), o “transforma” a los individuos en sujetos (los transforma a todos) por medio de esta operación muy precisa que llamamos interpelación, y que se puede representar con la más trivial y corriente interpelación, policial (o no) “¡Eh, usted, oiga!”. (p.24)

En *Las verdades evidentes*, Pêcheux (2016) especifica que los individuos son interpelados en sujetos hablantes por las formaciones discursivas que representan en el lenguaje las formaciones ideológicas correspondientes. Estas formaciones determinarían lo que cada sujeto puede e incluso debe decir: “la interpelación del individuo en sujeto de su discurso se efectúa mediante la identificación (del sujeto) con la formación discursiva que lo domina (es decir, en la cual se constituye como sujeto)” (p.145). En esta línea Courtine (1998) sostiene que el espacio del enunciador se encuentra copado por el sujeto de saber característico de una formación discursiva dada. Los sujetos enunciadores encuentran en su identificación con dicha formación: “preconstruidos de los cuales se apropian como objetos de su discurso, así como las articulaciones entre esos elementos del saber que aseguran una coherencia intradiscursiva a sus objetivos” (p.23).

A otro nivel de análisis, la ideología como sustantivo conforma para Althusser una estructura y un modo de funcionamiento invariable u omnihistórico, en contraposición a las diversas ideologías ligadas a la lucha de clases en un determinado modo productivo. Respecto a la ideología, Althusser (1970) plantea dos tesis, una positiva y otra negativa. La primera sugiere que la ideología representa la relación imaginaria de los individuos con sus condiciones reales de existencia, por lo cual no consistiría en la representación directa de la realidad vivida, sino de la mediación imaginaria que los individuos producen respecto a esas condiciones. La segunda tesis refiere a que la ideología tiene una existencia material. Althusser (1970) apunta a la materialidad de los actos en los que se reconoce la ideología:

Diremos pues, considerando solo un sujeto (un individuo), que la existencia de las ideas de su creencia es material, en tanto esas ideas son actos materiales insertos en prácticas materiales, reguladas por rituales materiales definidos, a su vez, por el aparato ideológico material del que proceden las ideas de ese sujeto. (p.22)

Nos encontramos aquí con el concepto de «aparato ideológico» que juega un papel central en los postulados de Althusser, tendientes a demostrar los determinantes materiales de la superestructura ideológica, estatal o político-jurídica.

Aquí conviene aludir sucintamente a la teoría marxista-leninista clásica sobre el Estado moderno. Tal como aparece en *La Guerra Civil en Francia* (2001) o en *El 18 Brumario de Luis Napoleón Bonaparte* (2007), Marx sostiene que el Estado moderno capitalista se conforma de funcionarios delegados de la clase dominante en sus distintas facciones y su función primordial sería la represión del proletariado en vistas a la perpetuación del *statu quo*. Lenin (2011) argumenta de modo similar en *El Estado y la Revolución*, denunciando la farsa de la democracia y de las libertades bajo el modo de producción capitalista.

Althusser (1970) retoma la descripción negativa del Estado como aparato represivo, pero busca ampliar su comprensión a la dimensión positiva de su actuación, en cuanto a la propagación de la ideología dominante. Los soportes materiales en donde recae la función de adiestramiento de los individuos en cuanto sujetos de un Estado, son por él designados los Aparatos Ideológicos de Estado (AIE). Estos se presentan bajo la forma de diversas instituciones especializadas que forman a los sujetos con las calificaciones, competencias y habilidades necesarias para la reproducción del sistema capitalista, como así también en las «reglas de buen uso» según el puesto que se esté destinado a ocupar en la división social de trabajo (desde el capitalista a cargo, su servidor funcionario o técnico pequeño-burgués, hasta el proletariado), con la moral, la «conciencia cívica» y profesional que asegure la sumisión también por la palabra al predominio de la clase dominante. Entre estos Aparatos Ideológicos, Althusser (1970) incluye los religiosos, el escolar, el familiar, el jurídico, el político, el sindical, los de información y el aparato ideológico cultural.

Mientras que el aparato represivo de Estado -el gobierno, la administración, la policía, los tribunales, las prisiones, etc.- funciona mediante la violencia, ya sea física o con la forma de la coacción administrativa, los AIE funcionarían mediante la ideología. Estos últimos aparecen a primera vista como un

conjunto de instituciones desparramadas en el sector privado o sociedad civil, pero existiría un elemento que los aglutina:

Si los AIE “funcionan” masivamente con la ideología como forma predominante, lo que unifica su diversidad es ese mismo funcionamiento, en la medida en que la ideología con la que funcionan, en realidad está siempre unificada, a pesar de su diversidad y sus contradicciones, bajo la ideología dominante, que es la de la clase dominante. (Althusser, 1970, p.10)

Sería gracias a los Aparatos Ideológicos de Estado, en un proceso atravesado por luchas y oposiciones, que la clase dominante genera las condiciones para la reproducción del modo productivo, y con ello, la perpetuación de sus privilegios de clase. Sintetizando su análisis, Althusser (1970) afirma que la estructura especular redoblada de la ideología, en tanto Sujeto que se desdobla en múltiples sujetos, quienes a su vez se reflejan en él, asegura que los individuos sean interpelados como sujetos, su sujeción al Sujeto, su reconocimiento mutuo, el auto-reconocimiento del Sujeto y da: “la garantía absoluta de que todo está bien como está y que, con la condición de que los sujetos reconozcan lo que son y se conduzcan en consecuencia, todo irá bien: Así sea”. (p.28)

Pêcheux (1978) sostiene que, en cada momento histórico, la lucha de clases se caracteriza por el enfrentamiento al interior de los aparatos de posiciones políticas e ideológicas, organizadas en formaciones que guardan entre sí relaciones de antagonismo, alianza o dominación. Designa «formación ideológica» a cada elemento susceptible de intervenir como una fuerza confrontada a otras fuerzas en la coyuntura ideológica de una formación social. Cada una de estas formaciones ideológicas estaría constituida por un complejo de representaciones que refieren, más o menos directamente, a posiciones de clases en conflicto. En el esquema de Pêcheux (1978), lo discursivo constituye uno de los aspectos materiales de la materialidad ideológica, es una especie del género ideológico. Esto confirmaría que las formaciones ideológicas “contienen necesariamente como uno de sus componentes una o más formaciones discursivas interligadas que determinan lo que puede y lo que debe ser dicho [...] a partir de una posición en una coyuntura dada” (Pêcheux, 1978, p. 233-234). Es decir, que establecen la relación de puestos dentro de un instrumento ideológico inscripto en una relación de clases. Así, las formaciones discursivas conformarían un elemento material de las formaciones ideológicas, siendo a su vez, efecto de condiciones de producción específicas.

Al desatender la relación entre las formaciones discursivas propias de determinadas condiciones de producción y otras formaciones discursivas asentadas en otras condiciones, se produciría un tipo de omisión, el olvido de la paráfrasis inexorable del lenguaje. Es el olvido por el cual el sujeto ignora la ligazón de su discurso con discursos precedentes, cayendo en la ilusión de ser la fuente del sentido. Es a este nivel donde operaría sus efectos develadores el Análisis Automático del Discurso (AAD):

(...) diremos que el procedimiento de AAD constituye el esbozo de un análisis no subjetivo de los efectos de sentido que atraviesa la ilusión del efecto-sujeto (producción/lectura) y se remonta por una especie de arqueología regulada hacia el proceso discursivo. En su estado actual, el procedimiento proporciona lo que hemos podido llamar *señales* del proceso discursivo que tenemos por objeto de estudio. (Pêcheux, 1978, p.240)

Conforme a Pêcheux (1978), el estudio de estos procesos discursivos permite descentrar el análisis del sujeto como origen del sentido, iniciando el camino hacia la conformación de “una teoría no subjetiva de la constitución del sujeto en situación concreta de enunciador” (p.241).

Aquí es donde Pêcheux (1978) introduce la pertinencia del análisis lingüístico como procedimiento específico para acceder a los efectos materiales del sentido. Para lograr con este análisis atravesar el «efecto-sujeto», sería necesario superar la noción de enunciación desarrollada por Émile Benveniste (1974/1979) como “el poner a funcionar la lengua por un acto individual de utilización” (p.83). La propuesta consistiría en abandonar el examen de los actos individuales de enunciación, en pos del análisis de los «procedimientos de enunciación»: una serie de determinaciones sucesivas a través de las cuales se constituye el enunciado y cuya característica más destacada es plantear lo dicho y rechazar lo no-dicho. El recorte del «universo del discurso» utilizado delimita en contraposición la «zona de lo rechazado», es decir, todo lo que podría haber sido dicho por el sujeto y que ha quedado afuera de su discurso. El sujeto, creyendo estar en la fuente de la impresión de realidad de su pensamiento, no es consciente del sentido de la selección que ha operado. Este efecto de ocultación parcial constituye el segundo tipo de «olvido discursivo» en el cual caería el sujeto. Desde aquí se verifica, apunta Pêcheux (1978), como elemento central de la fase de análisis lingüístico, el estudio de las marcas de puntos de referencia enunciativos.

Se confunden en este nivel dos evidencias producto de la interpelación ideológica de los individuos en sujetos. La ilusión del sujeto como fuente del sentido y la de una transparencia del lenguaje, que le

permitiría al sujeto mantener un contacto directo con la realidad. Refiere Pêcheux (1994) en su texto dedicado al análisis de “El mecanismo del reconocimiento ideológico” que toda su obra encuentra su definición en la vinculación del problema de la constitución del significado con la problemática de la constitución del sujeto, relación centrada en la tesis figurada en el mecanismo de la interpelación. Designa aquí «efecto Münchhausen» a la fantasía por la cual el sujeto se concibe como causa de sí mismo, “en memoria del barón inmortal que se levantó a sí mismo por el aire tirando de sus propios cabellos” (Pêcheux, 1994, p.167). La comprensión del procedimiento por el cual los individuos reconocen como evidente su propia sujeción, y el significado de lo que oyen o dicen, leen y escriben, sería el camino que el análisis del discurso habilita para superar las mencionadas ilusiones ideológicas.

Hasta ahora, nuestro recorrido por la perspectiva de Pêcheux sobre el análisis del discurso ha puesto atención en las condiciones ideológicas y discursivas tendientes a la reproducción de las relaciones de producción. Los Aparatos Ideológicos de Estado se han destacado mayormente como lugar y medio de inculcación de la ideología de la clase dominante. Pero el mismo Pêcheux, recurriendo a los desarrollos de Althusser, reserva un espacio para el análisis de las condiciones que propulsan la transformación de las relaciones que ordenan el modo de producción imperante. Así, al escribir “Sobre las condiciones de la reproducción/transformación de las relaciones de producción” (Pêcheux, 1994, p.157) acentúa el carácter conflictivo de la consolidación de la ideología dominante, en cuanto resultado fluctuante de la lucha entre clases antagónicas, a la cual no preexistiría ninguna ideología sectorial definida que acabe por imponerse al final de los enfrentamientos.

Los AIE no serían meros instrumentos de la clase dominante, máquinas ideológicas que reproducen estrictamente las relaciones de producción imperantes. Su consolidación no sería automática, sino que supondría una cruda e incesante lucha de clases. En este sentido, para Pêcheux (1994), los AIE constituyen simultánea y contradictoriamente las condiciones ideológicas y el campo donde se produce la transformación de las relaciones de producción, en terminología marxista-leninista, la arena de la revolución. De ahí devendría la expresión «reproducción/transformación».

Las luchas que propulsan la transformación de las condiciones de producción, a nivel ideológico, se dirigirían hacia el cuestionamiento, modificación o subversión de las relaciones de desigualdad-subordinación entre las diferentes regiones de los AIE, de modo tal que no se vean afectadas simplemente sus propiedades regionales, sino el orden de las relaciones que sostienen el conjunto de AIE. De acuerdo a Pêcheux (1994), el aspecto ideológico del enfrentamiento por transformar las relaciones productivas

reside sobre todo en la lucha por imponer dentro del complejo de AIE nuevas relaciones de desigualdad-subordinación, que tengan por resultado transformar el conjunto del complejo de AIE en su relación con el aparato estatal y a este mismo aparato.

La actividad semiótica del sujeto

A lo largo de nuestro recorrido atendimos especialmente a las condiciones que restan sobre la instancia enunciativa al momento de producir un discurso. Las formaciones discursivas, como fueran definidas por Pêcheux, se hallan constreñidas por su inclusión conflictiva en una formación ideológica, que discrimina lo que en un determinado estado del modo de producción puede y no puede ser enunciado. La cuestión central gira en torno al espacio que teóricamente se dispone para la recepción, apropiación, interpretación, adaptación, modificación, transformación o cualquier actividad que implique huellas de un sujeto enunciator activo.

Nos encontramos en ocasiones que el sujeto es considerado exclusivamente para ser denunciado como mero efecto de una ilusión. Así, Authier-Revuz (2001) se propone fundar su estudio en enfoques que, según entiende, desde fuera de la lingüística “han vapuleado irreversiblemente las evidencias narcisistas del sujeto fuente y amo de su decir” (p.53) y “han revelado que toda palabra está determinada por fuera de la voluntad del sujeto” (p.54). Basándose en las reflexiones de Foucault y Althusser, postula un funcionamiento regulado que da cuenta de la producción del discurso desde su más allá en el interdiscurso: “tramoya estructural ignorada por el sujeto quien, en la ilusión, se cree fuente de su discurso donde no es más que el soporte y efecto” (Authier-Revuz, 2001, p.55).

Además, desde esta concepción, el sujeto engañaría a los otros con quienes se liga en la interacción, en la misma medida en que se enreda él mismo en la falacia de sí. Así, Authier-Revuz (2001) considera importante precisar que, si estas formas de representación se prestan fácilmente a las astucias de los rituales de interacción, esos juegos de máscaras en relación a los otros no deben esconder que fundamentalmente la ilusión está destinada antes que nada al propio sujeto: “una estrategia protectora para él y su discurso, que tiene que habérselas con la amenaza íntima e insoslayable de la heterogeneidad constitutiva” (p.61). Esta perspectiva se aleja del interaccionismo simbólico de Goffman (1970), que considera al trabajo de cara un procedimiento tan adecuado y necesario para el resguardo de la persona como la cutícula protec-

tora que los moluscos acarrear consigo. El cuidado de la imagen de coherencia de la persona es entendido desde este enfoque como una medida imprescindible para la conservación del sí mismo.

No obstante, más allá de remarcar la heterogeneidad como una cualidad constitutiva del discurso, Authier-Revuz (2001) advierte el peligroso reduccionismo en que se caería de solo entender al sujeto como determinado por condiciones de las cuales se ve ilusoriamente alienado, advirtiendo que la ilusión a la cual se refiere “no es ese engaño [*leurre*] perfecto producido por un determinismo sin falla, completamente ignorado por el sujeto, que las teorías de la ‘interpelación ideológica’ produjeron durante un tiempo en los trabajos sobre el discurso” (p.64). Así, en su estudio “El lugar del otro en un discurso de falsificación de la historia”, Authier-Revuz (2001) extrae un arsenal de estrategias enunciativas que aparecen en un discurso polémico: la heterogeneidad mostrada, la puesta en tela de juicio, la rectificación, el distanciamiento del «pseudo» o del pretendido, la operación de reversión entre el yo y el otro, la inversión del agresor-agredido, la puesta a muerte del otro, la estrategia del vacío. Todas estas «estrategias de impostura» son incomprensibles sin el recurso a la figura del estratega, como enseña claramente Foucault (1992) en la *Microfísica del poder*, sin el espacio de opción, planificación, acción, transformación del sujeto de la enunciación.

A nuestro entender, la descripción de las condiciones de producción discursivas no puede omitir una referencia a la mediación del sujeto, que no consiste tan solo en un pasaje, sino más ajustadamente en un anclaje de los procesos semióticos. La actividad productiva del sujeto, en cuanto partícipe interdependiente de un conjunto de sujetos, es decir, en tanto miembro de un colectivo, comunidad o sociedad, no puede reducirse a la reproducción o conservación de condiciones discursivas, sino que necesariamente por medio de su acción, y en la recursividad de los procesos productivos, el sujeto produce activamente nuevos discursos y modifica las reglas de producción, circulación, recepción discursiva. La ilusión subjetivista del ego fuente no puede ser reemplazada por el oráculo determinista que hace al sujeto esclavo de condiciones inalterables.

Así, Althusser le otorga un espacio considerable en sus desarrollos teóricos a la actividad transformadora de los hombres. En su ensayo *Para un materialismo aleatorio* atiende a la desviación, a la inestabilidad radical que puede producir el encuentro, y sostiene “la tesis de la primacía de la ‘diseminación’ sobre la posición de sentido en todo significante” (Althusser, 1986, p.56). Si bien no reifica un Sujeto Absoluto, como serían Dios o el Proletariado, Althusser (1986) concibe a partir de Epicuro, con los conceptos de *clinamen*, encuentro y desviación, “la existencia de la libertad humana en el mundo mismo de la nece-

sidad” (p.32). El itinerario de la actividad de los seres humanos no estaría predeterminado por ninguna ley ni regla infalible: “La historia no es más que la revocación permanente del hecho consumado por parte de otro hecho indescifrable a consumir, sin que se sepa, ni de antemano ni nunca, dónde ni cómo se producirá el acontecimiento de su revocación” (Althusser, 1986, p.39). Solo *a posteriori* es posible registrar e intentar comprender lo acontecido. En la acción de los sujetos en una coyuntura específica, en su capacidad para determinar conjuntamente el curso de los acontecimientos, pero sin que nunca pueda prefigurarse su resultado, es donde encuentra espacio y toma consistencia la libertad humana.

Después del repaso precedente podemos sopesar los atributos que se le asignan al sujeto en las concepciones consideradas. Recíprocamente, es preciso atender, por un lado, a la determinación del sujeto por condiciones históricas, sociales y políticas que asumen el aspecto de fuerzas externas que actúan sobre él coactivamente, que se hacen carne en él, que son agentes de la producción de su subjetividad y lo atraviesan a cada momento; y, por otro lado, a la posibilidad del sujeto de modificar esas condiciones, de las cuales, a su vez, él es determinante en la reproducción de su actividad productiva. En este sentido, toda teoría que se asiente sobre una base materialista histórica debe reconocer la capacidad del hombre de modificar sus condiciones de vida, aunque no descuide el hecho de que estas condiciones lo preexisten históricamente y lo determinan. Como declarara Marx (2007) en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado” (p.13).

Y es en épocas de crisis revolucionaria cuando para Marx (2007) los hombres se dedican “a transformarse y a transformar las cosas, a crear algo nunca visto” (p.13). Es precisamente en este punto que el materialismo histórico se distancia de todo materialismo anterior; no le es dado al hombre solo contemplar las condiciones en las que se ve inserto, sino que, en la materialidad de su práctica subjetiva, guarda el poder y la potencia de su crítica y transformación. Así lo planteaba Marx (2000) en sus tesis I sobre Feuerbach: el defecto fundamental de las concepciones materialistas previas es que entendían las cosas, la realidad, como un objeto de contemplación, pero no como actividad humana, no como práctica, no de un modo subjetivo. A esto se debería que el lado activo fuera desarrollado por el idealismo, aunque de un modo abstracto, ya que el idealismo desconoce como tal la actividad sensorial, real. Por resultado, para Pêcheux (2016) el idealismo torna imposible comprender la práctica política y de producción de conocimientos, es decir, “las diferentes formas bajo las cuales la ‘necesidad ciega’ (Engels) deviene *necesidad*

pensada y dominada como necesidad” (p.122). En este sentido, concebir la propia actividad humana como una actividad objetiva es, a vista de Marx (2000), un requisito para comprender la importancia de la actuación revolucionaria, práctico-crítica.

En este punto es donde el materialismo histórico se torna especialmente pertinente y productivo para el pensamiento semiótico interesado por la materialidad de los procesos de significación. Teniendo en cuenta que para Peirce (1988), signo equivale a representación y pensamiento, si se atiende a Marx (2000) es posible clarificar la relación entre idealidad y materialidad. Para este último, la polémica sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica es una controversia escolástica. Si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva no es un problema teórico sino práctico: “Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento” (Tesis II, p.57). Como en el pragmatismo de Peirce, el interpretante final de un signo o pensamiento no puede ser más que la práctica social. Y los Aparatos Ideológicos de Estado, las iglesias, escuelas y partidos políticos, las instituciones disciplinarias que se valen de un contrapunto constante entre violencia y adoctrinamiento, saben muy bien, aunque se trate antes que nada de un *savoir faire*, que «la letra con sangre entra».

Es en la práctica de esos aparatos o instituciones que concurren la idealidad de los preceptos para la conservación del orden con la materialidad de los rituales, protocolos y rutinas, donde se encuentran el salmo con la liturgia, las normas con la normalización del comportamiento. Pero, y aquí se descubre la potencia dialéctica del materialismo histórico, estas condiciones de reproducción de un estado son, asimismo, producto de la actividad del hombre, y por tanto es atributo de los hombres el poder de modificarlas.

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. [...] La conciencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria. (Marx, 2000, Tesis III, p.57-58)

Esta comprensión de la eficacia de la práctica como proceso significativo la hallamos en Luis Prieto (1993), en su concepto de «pertinencia» entendido como “una relación entre el conocimiento y el sujeto, por definición histórico y social, que la construye y la utiliza” (p.22). Esta categoría se desprende de la noción fonológica de pertinencia del fonema para ser aplicada en relación con la práctica histórica significativa de los sujetos. Según Prieto (1993), la pertinencia se motiva en los intereses social e históricamente situados del sujeto, que condicionan la manera en que conoce al objeto material y depende de la práctica que ejerce para servir a sus intereses. Sin embargo, en la línea causal de los objetos que ocupan un papel en la práctica del sujeto, existiría uno dotado de la facultad de servirse de ellos y de modificarlos con su actividad a la vez que se modifica a sí mismo. De este modo, se torna inteligible la capacidad determinante de los sujetos sobre las condiciones materiales que a su vez los determinan. El sujeto es capaz de actuar sobre las condiciones materiales reproduciéndolas o modificándolas porque él mismo es un cuerpo material.

(...) hay aún otro objeto material que interviene necesariamente en una práctica. En una práctica, en efecto, el objeto al cual se hace desempeñar el papel de medio se convierte en causa del fin sólo si sufre una transformación -por ejemplo, la que consiste en ser puesto en movimiento- cuya causa es el cuerpo del sujeto. (Prieto, 1993, p.25)

La intervención del cuerpo material que produce sus condiciones de vida, y que al producir sabe que produce, desencadena una transformación de la necesidad natural dando lugar a la posibilidad histórica. El sujeto opta entre distintos medios que de acuerdo a su concepción le permitan alcanzar un fin. Jean-Pierre Faye (1974) advierte claramente el carácter determinante del sujeto al sostener que «enunciar significa producir». Y producir significa tener un cuerpo material que permita hacer la historia:

Y existe la historia desde que estos cuerpos vivientes *producen* las condiciones de sus movimientos y de su reproducción: porque producir supone *saber* que se produce. Se puede levantar el brazo o coger un objeto sin saber lo que se hace. Pero producir una herramienta, ese objeto fabricado para producir objetos, es saber que se produce. Este saber en el tiempo es «historia»; el *histôr* es el que sabe decir: yo sabía o yo sé, *eîdon oîda*. El Narrador es también *Narus* o *Gnarus*, lo contrario de ignorante: el que

sabe. Roman Jakobson tenía razón al decir que la producción de las herramientas y la aparición del lenguaje es un único proceso, el de la doble articulación. (p.28)

El sujeto puede desarrollar esa práctica significativa llamada cognición porque es un cuerpo material, así como puede darse a conocer por medio de signos porque es un cuerpo significativo. Los dos modos de ser de la sustancia spinozista dan cuenta de los atributos del sujeto como ser pensante y actuante, con potencia, con capacidad de afectación. Y desde una concepción materialista histórica, los hombres poseen el atributo de la decisión, y es a partir de ese atributo que se torna asequible la dimensión histórica, ética e ideológica de la actividad humana. Pues en cada ocasión al escoger entre un instrumento para llevar a cabo una acción, que puede ser ejecutada con diversos instrumentos, al optar entre distintos signos para darse a conocer, en la doble articulación significativa, el ser humano constituye activamente su posición de sujeto. Pensar que el sujeto siempre es llevado ineluctablemente por un determinismo oscuro, es desconocer esta capacidad del hombre de actuar de manera positiva sobre sus condiciones de existencia.

Un determinismo unidireccional, social, económico, político, un determinismo de la libido unilateralmente inconsciente. Ni Marx ni Freud concibieron la actividad humana de esa manera. Para Marx se trataba de romper con la ilusión del individuo soberano del liberalismo, evidenciando las condiciones económicas, las relaciones sociales y políticas, los sistemas de ideas y los mecanismos del Estado que determinan fuertemente la vida de los hombres; pero solo para esgrimir la consigna según la cual cada hombre debe, para modificar su destino individual, actuar socialmente sobre aquellas condiciones sociales. La lección fundamental del materialismo histórico es que los sujetos pueden transformar por medio de su actividad crítica y revolucionaria, actuando colectivamente, condiciones de explotación y represión que los subyugan. Para Freud se trataba de romper con la ilusión del ego autónomo de la psiquiatría, demostrando la determinación del comportamiento y de los procesos anímicos por sus relaciones con representaciones psíquicas en gran medida desconocidas para el sujeto. Pero no podría comprenderse la máxima freudiana “Donde Ello era, Yo debe advenir” -*Wo Es war soll Ich Werden*- si no se concede la capacidad del sujeto de apropiarse activamente de esos contenidos, de desliarse de las compulsiones que lo atan o al menos de reconocerlas para poder decidir, en base a su deseo, por qué caminos llevar su vida.

Definía Prieto (1993): “Entiendo por ‘sujeto’ un objeto material –el objeto material que constituye el cuerpo del sujeto- que tiene conciencia de su individualidad, es decir de lo que se llama su «identidad numérica»” (p.28). Este sujeto que es objeto material, y como tal se ve enredado en diversas líneas causales que en gran medida desconoce, pero que a la vez es consciente de un conjunto de factores que le permiten operar, admite ser situado entre las condiciones de producción y de reconocimiento de los discursos.

Eliseo Verón, en su teoría, ubica allí al sujeto del discurso, aunque se trataría de un «sujeto restringido», pues su discurso se halla cercado por las condiciones discursivas de producción y reconocimiento; mientras que, en tanto potencial productor de interpretantes, se erigiría en un «sujeto ilimitado», dada la capacidad de los signos de ser impulsados hacia una semiosis infinita. Así, para Verón (1987) solo hay conocimiento cuando el discurso del sujeto se encuentra «atenazado» entre las condiciones discursivas de producción que él mismo efectúa y las condiciones igualmente discursivas de reconocimiento que él abre, y que dependen de lo que será en el futuro. Mientras el sujeto efectúa ciertas condiciones de producción discursiva abre indefinidas condiciones de reconocimiento. Estas, a su vez, en las desviaciones que manifiestan respecto a la instancia de producción, exponen por vía transitiva las modificaciones en el posicionamiento del sujeto.

Para Verón (1980) en la perspectiva sociosemiótica el sujeto designa la mediación necesaria de las condiciones y procesos de producción, con las condiciones y procesos de reconocimiento. En esta línea, el sujeto es concebido como el punto por donde pasan las reglas operatorias de la producción y el reconocimiento, donde se manifiesta una legalidad que excede la conciencia que este pueda tener sobre el sentido. Sin embargo, según Verón (1980), el sujeto nunca constituye un medio transparente, sino que comporta cada vez una matriz de restricciones que definen su funcionamiento: “Toda desviación significativa entre producción y reconocimiento de determinados conjuntos textuales implica, probablemente, en el plano diacrónico, un cambio en la posición del sujeto” (p.164). Conforme a esta hipótesis, las legalidades que ciñen a los hombres exceden el plano de lo consciente, lo que no niega que sea por su agenciamiento que el discurso pueda ser demarcado y concretado: “es evidente, en efecto, que la noción de proceso de producción supone la noción de un sujeto productor” (Verón, 1974, p.29).

En la producción indefinida de interpretantes, en las huellas discursivas del cambio de posición del agente, en las restricciones y las desviaciones que imprime al discurso, el sujeto que dinamiza la semiosis se encuentra con el sujeto activo del materialismo histórico. En este espacio es posible localizar un

sujeto que, a la vez que es socialmente determinado, puede de cierto modo, convocando fuerzas igualmente sociales, determinar continuidades y transformaciones en su modo de vida. Teniendo en cuenta el movimiento dialéctico de implicación del hombre y el mundo, es posible eludir el oxímoron de un determinismo indeterminado e indeterminable. Pues: ¿no son los seres humanos en la actividad tendiente a producir sus medios de vida quienes determinarían sus condiciones de reproducción? ¿No poseen acaso en su conjunto la potencia de transformar esas condiciones que ellos mismos forjarán? Es, en fin, reconociendo esa dialéctica incesante que vincula al hombre con su medio, a través de la plasmación de una práctica, que se evita caer en un misticismo que nos condena al yugo del destino o del azar: “La vida social es, en esencia, práctica. Todos los misterios que descarrían la teoría hacia el misticismo, encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esa práctica” (Marx, 2000, Tesis VIII, p.59). Y, a su vez, por el arma de la crítica, las teorías adquieren el carácter de fuerzas materiales en cuanto se encarnan en la práctica colectiva (Marx, 1967).

Conclusión

Las teorías del discurso examinadas dan cuenta de un conjunto de determinaciones que pesan sobre el sujeto en cuanto soporte de la instancia enunciativa. Nos permiten cuestionar las ilusiones que personifican al individuo como creador *ex nihilo* del sentido. Se desprende de ellas que la facultad de enunciación se ve constreñida por determinaciones discursivas y extradiscursivas, por su inclusión en formaciones discursivas e ideológicas, a causa de posiciones relativas dentro del modo económico de producción. No obstante, en correlación, las teorizaciones recuperadas nos permiten entrever la capacidad formadora y transformadora de la actividad humana, especialmente en su aspecto colectivo. El sujeto de la semiosis, cuerpo semiotizado y semiotizante, materia significada y significante, guarda la potencia de modificar sus condiciones de vida. Las formaciones ideológicas y discursivas, más ampliamente, el complejo de las formaciones semióticas, no admite concebirse como una abstracción improductiva, un epifenómeno estéril, sino que reclama una comprensión crítica como una dimensión eficiente de la actividad del ser humano en el proceso material de producción y reproducción social.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (1970). *La ideología y los aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. UNLP. <http://perio.unlp.edu.ar/teorias2/textos/m3/althusser.pdf>
- Althusser, L. (2002). *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros.
- Authier-Revuz, J. (2011). *Detenerse ante las palabras. Estudios sobre la enunciación*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- Benveniste, É. (1979). *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI Editores.
- Courtine, J-J. (1998). *Análisis del discurso político*. Centro virtual de investigaciones semióticas. <http://www.centro-de-semiotica.com.ar/courtine.html>
- Faye, J-P. (1974). *Los lenguajes totalitarios*. Barcelona: Taurus.
- Foucault, M. (2002). *Microfísica del poder*. Madrid: Las Ediciones de La Piqueta.
- Goffman, E. (1970). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Lenin, V. I. (1917). *El estado y la revolución: La teoría marxista del estado y las tareas del proletariado en la revolución*. España: Partido Comunista Obrero Español.
- Marx, C. (1967). *Crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*. La Caja de Herramientas. Biblioteca Virtual de la Unión de Juventudes Comunistas de España. <https://archivo.juventudes.org/karl-marx/critica-la-filosofia-del-derecho-de-hegel>
- Marx, C. (1871). *La guerra civil en Francia*. Sevilla: Izquierda Revolucionaria.
- Marx, C. (2000). Tesis sobre Feuerbach. En F. Engels y C. Marx (AA.), *Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana y otros escritos sobre Feuerbach* (pp. 57-59). Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels.
- Marx, C. (2007). *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid: Fundación Federico Engels.
- Pêcheux, M. (1978). *Hacia el análisis automático del discurso*. Barcelona: Gredos.
- Pêcheux, M. (1994). El mecanismo del reconocimiento ideológico. En S. Žižek (Comp.), *Ideología: Un mapa de la cuestión* (pp. 157-167). FCE.
- Pêcheux, M. (2016). *Las verdades evidentes. Lingüística, semántica, filosofía*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Peirce, C. S. (1988). *Algunas consecuencias de cuatro incapacidades*. Universidad de Navarra. <https://www.unav.es/gep/AlgunasConsecuencias.html>

- Prieto, L. (1993). Una semiología: problemas y resultados. *Revista Estudios*, (2), 22-31.
- Verón, E. (1974). Para una semiología de las operaciones translingüísticas. En *Lenguajes. Revista de lingüística y semiología*, (2), 11-35.
- Verón, E. (1980). *La semiosis social*. Buenos Aires: Gedisa.
- Verón, E. (1980). La semiosis social. En M. Monteforte Toledo (Ed.), *El Discurso político* (pp. 145-165). UNAM y Editorial Nueva Visión.